

--Relatos de nostalgias y ficciones--

Francisco López Roch

(Fisquero)

-Relatos de nostalgias y ficciones-

<i>I-Última parada París.</i>	4
<i>II-La máquina de la juventud.</i>	13
<i>III-Bernard de Loort y Castll, Duque de Calfax, el testigo templario.</i>	18
<i>IV-El baile de los idiotas- Memorias de un hombre en paro.</i>	26
<i>V-El influjo</i>	35
<i>VI-En la cola del cine</i>	39
<i>VII-Estigmatizados.</i>	45
<i>VIII-Sueños regresivos. Diario de un superviviente.</i>	54
<i>IX-La moto, historia de una familia unida en lo bueno..., y en lo menos bueno</i>	76
<i>X- Noches tropicales.</i>	80
<i>XI- El demiurgo. Un mundo de mentes perfectas</i>	82

I-Última parada París-

Eran las cuatro de la madrugada de un mes de Agosto de 1968, cuando el autobús discrecional que hacía la ruta Almería-París, paró en un pueblecito situado en la comarca del Maresme. Tan sólo un pasajero subió al autobús en aquella parada, se trataba de Juan, éste no se molestó en dar los buenos días, ni las buenas noches, a las cinco personas que se hallaban ocupando sus asientos, dispersos y distanciados los unos de los otros a lo largo del autocar.

Juan no estaba de humor para andarse con cortesías y normas de buena urbanidad, aquella noche había discutido con su mujer, el motivo de la disputa era aquel trabajo lejos del hogar, el cual ejercía no por vocación, sino por necesidad, y por el cual se veía obligado a emigrar, permaneciendo fuera de su casa la mayor parte del año. “Quédate, aquí algo habrá en lo que podrás trabajar”, le suplicaba su esposa., siempre que llegaba el momento de marchar. Pero Juan había saboreado las mieles de un trabajo bien reenumerado, y no estaba dispuesto a trabajar por un sueldo de miseria, aunque para ello tuviese que vivir en un país extraño y estar ausente de los suyos.

El autocar viajó durante toda la noche sin ninguna incidencia, aprovechando los escasos viajeros para dormir, enfrascados y cavilando cada uno de ellos con sus propios problemas. Alicia, una mujer de unos treinta y cinco años, que se hallaba en uno de los asientos centrales del autocar, barruntaba en su fuero interno aquello que temía encontrar al llegar a su hogar en París; era muy joven cuando emigró por primera vez a la capital del país vecino, allí ejerció muchos oficios, escalando poco a poco y consiguiendo subir en la escala social a medida que aprendía el idioma y se integraba

en la comunidad; comenzó limpiando escaleras, para ir avanzando como mujer de compañía para enfermos y ancianos, más tarde se empleó como dependienta en una boutique de alta costura, en la que por méritos propios, alcanzó a convertirse en la encargada de pedidos y relaciones públicas de la empresa. Ahora, tras diez años de matrimonio con un ciudadano francés, se encontraba en una terrible encrucijada, al haber descubierto que su marido le era infiel con una mujer más joven que ella.

Habiendo abandonado el hogar conyugal, se había refugiado durante unos días en casa de sus padres en España, pero tras meditarlo, y pensar en lo mucho que había luchado para conseguir aquello que había conseguido con tanto esfuerzo y trabajo, decidió volver; pero temía encontrar al llegar a su casa en París, a su marido en los brazos de aquella muchacha de largas piernas y bonito cuerpo de piel blanca como la nácar, de nuevo tal y como los halló aquella mañana, al regresar a su casa en busca de unos documentos olvidados, y en un momento que no debía... Allí estaban desnudos los dos en su propio lecho, acariciándose y haciéndose el amor, como hacía mucho tiempo que su marido no se lo hacía a ella. Alicia no montó ninguna escena, ni siquiera hubo reproche alguno, simplemente cogió algunas prendas las introdujo en la maleta y se marchó de París.

Los dilemas de Juan y Alicia, ya los conocemos en parte, no así, lo que subyacía en sus subconscientes, y que en realidad, y dada la imprevisibilidad que caracteriza el comportamiento de los seres humanos, ni ellos mismos conocían con certeza.

Dos asientos más atrás, y pegado a la ventanilla, se hallaba Honorato, un joven un tanto retraído y soñador, que con dieciocho años recién cumplidos era la primera vez que realizaba un viaje que le alejase a tanta distancia de su lugar de nacimiento. Se hallaba

allí debido a la reiterativa insistencia, que mediante comunicación epistolar, unos parientes que residían en la ciudad de la luz le habían hecho con la ilusión de conocerle, pues todavía, debido a cuestiones de índole política, y dado el régimen dictatorial en España, no habían tendido ocasión de hacerlo. Enrique, su tío y hermano mayor de su padre, había recabado en la capital parisina tras haber sufrido vivencias terribles; una guerra fratricida en España, en la que había participado defendiendo a un gobierno legal y democrático, para una vez finalizada la contienda y, hallándose en el bando perdedor, pasar por campos de confinamiento franceses y ser incorporado, al presentarse voluntario, en el ejército de la República de Francia, sirviendo bajo la bandera tricolor de la agonizante tercera república, para participar en duros combates contra los el ejército invasor nazi, hasta que cayó prisionero y fue deportado e internado en el campo de exterminio de Mauthausen, donde tras cuatro largos años de horror y sufrimiento, consiguió como superviviente español del holocausto, regresar a Francia, logrando, después de duras vicisitudes, establecerse en la capital de la Luz, dado que a España, habiendo combatido por la Segunda República Española y, habiendo sido declarado apátrida por el gobierno vigente, no le estaba permitido regresar.

Así, ahora intentado complacer a su tío y a su esposa, una normanda, con la que contrajo matrimonio varios años después de establecerse en París, Honorato había acabado embarcándose en aquel viaje, impulsado por la curiosidad y obligado por los lazos familiares. Viaje que le rebelaría algunas de las muchas pasiones humanas que movían a las personas, así como también le abriría los ojos, acerca de algunos aspectos y reacciones, que aún pasando normalmente desapercibidos, suelen ser muy comunes en la psicología y comportamientos humanos.

Frente a él, y en uno de los asientos paralelos, una chica de pelo rubio, entradita en carnes y, por cuyo semblante angelical se le podrían calcular unos dieciséis años, y que más tarde resultó ser de nacionalidad francesa y padres españoles, se encontraba acurrucada en su asiento, sin decir una palabra; volvía de pasar unas vacaciones en un pueblo de la Vega Baja del Segura, donde residían sus abuelos por parte paterna, y poseía una capacidad innata para sacar de quicio a cualquiera, con sus capciosas e inoportunas preguntas, acerca de la situación política en España y el comportamiento de los distintos ministros españoles en el cargo de sus correspondientes carteras, fingiendo en forma perversa, un desconocimiento, que no era tal, en temas que en España eran tabú para los españoles.

Nos faltan los dos personajes que se hallaban sentados en los últimos asientos del autobús y que habían permanecido durante toda la noche roncando y durmiendo a pierna suelta, ajenos a todos, y a los pocos incidentes que durante todo el trayecto se habían sucedido.

Estos se hacían llamar Sebastián y Pepito, sus edades rondarían los veinticinco años. Y eran... cómo diríamos... especiales. No, no era eso exactamente, digamos para entendernos mejor, que se querían mucho mutuamente, y no precisamente como dos amigos que se aprecien, sino con un amor que resultó ser tormentosa y escandalosamente apasionado.

Al amanecer del primer día de viaje el autocar atravesaba el antiguo túnel de Viella, pasando de la provincia de Lérida a la capital del valle de Arán, produciéndose un fenómeno muy frecuente en aquellos contornos, pero que fue motivo y causa de una

gran impresión para los pasajeros, fue el comprobar, cómo al pasar de un lado al otro del túnel, de golpe se encontraron, de hallarse en una soleada y espléndida mañana de verano, a pasar de repente al invierno con un día encapotado, frío y lluvioso. Este túnel resultaba por aquellos tiempos extremadamente angosto, y al pasar por él producía la sensación de entrar en un estrecho tubo de cuya parte superior no cesaba de caer agua, humedeciendo las paredes de roca, y consiguiendo con su cinco mil y pico metros de longitud y una anchura de siete metros para dos carriles, crear sensaciones de verdadera claustrofobia hasta en los más audaces viajeros.

En aquella primera parada en Viella, y durante el trayecto, amenizados por el sonido de “Un rayo de sol” –la canción del verano de aquel año- , ya los escasos pasajeros del autocar con destino a París, habían tenido ocasión de ir presentándose y conociéndose; unos como Juan, que una vez despertó, y olvidando el mal humor de la noche anterior, dio rienda suelta a su verborrea y charlatanería en ocasiones simpática y cortante, en ocasiones cargante e impertinente, pero que como se pudo comprobar, a Alicia le resultaba de un atracción fascinante.

Otros, como la muchacha francesa, cuyo nombre era Ariana, y poseía el don de la pedantería y el de la indiscreción, preguntando constantemente cosas, de la que los españoles que viajaban en aquel autobús, poco sabían... y mucho menos les importaba, en aquel tiempo, y en aquellos momentos

– ¿Quién es el primer ministro en tú país?

-¿Cuándo se van a celebrar elecciones en España?

¿Por qué no existe el divorcio en vuestro país?

-¿Qué pensáis acerca de los estudiantes que iniciaron las revueltas del pasado mes de mayo en Francia?

-¡Niña! Ya está bien -Le espetó Antonio, el conductor-. Que todavía estamos en España, y nos vas a meter en un lio, como sigas haciendo esas preguntitas.

Mientras tanto los dos pasajeros del fondo del autocar, tan sólo hablaron para presentarse, manteniéndose juntos y sin decir palabra. Antonio, el conductor, que ya les había echado el ojo desde el primer momento, aprovechaba cualquier circunstancia para dirigirse a ellos, llamándoles Romeo y Julieta, lo cual al principio lo encontraron chocante el resto del pasaje, para más adelante convertirse en algo bastante embarazoso, al pasar Antonio de la broma, a la saña, y al percibir la incomodidad de los dos muchachos. Hay que tener en cuenta que en aquella época la homosexualidad era considerada en España un pecado capital, censurada por la Iglesia y perseguida por la ley, siendo estigmatizados por la sociedad todos aquellos individuos que se fuesen considerados o sospechosos de serlo

Al llegar a Viella, en el Valle de Arán, Antonio, el conductor que no había dejado de conducir durante más de dieciocho horas seguidas, desde que el autocar partió de Almería, indicó entre bromas y chanzas:

-“Señores, por exigencias del país en el que vamos a cruzar la frontera, a partir de aquí se hará cargo del transporte mi compañero Vincent, que por cierto es su “primer viaje”

pero no se preocupen pues acaban de darle el carnet de conducir y lo ha sacado a la primera”

Antonio, continuó acompañándoles hasta finalizar el viaje, y resultó ser un personaje de lo más divertido y a la vez cachondo y calentorro, pues era de la opinión que todas las mujeres habían sido puestas en la tierra por Dios, para que se cruzasen en su camino y poder ser amadas por él, de manera que no había fémina que se pusiese en su camino sin recibir algún piropo, algún requiebro o alguna declaración de amor, según se terciara, en español, en catalán, en aranés o en francés.

Tras varias horas de una severa inspección en la frontera, por fin el autocar pudo pasar a Francia por el puerto del Portillón.

Ya en territorio francés y superados las presentaciones, todos los reunidos allí por las circunstancias y el destino en aquel viaje a París, intentaron ir rompiendo el hielo, unos desgranando y participando de sus penas y pesares, otros contando chistes, y los más aplaudiendo y riendo, e incluso Alicia, olvidando por unos instantes la incertidumbre que la agobiaba, se arrancó en el pasillo del autocar a bailar unas sevillanas, recibiendo con agrado los piropos y requiebros de Juan. A la hora de comer todos compartieron sus viandas, Juan como experto veterano en estos menesteres, había escondido unos chorizos, evitando que estos fuesen requisados por los gendarmes en la frontera, ofreciéndolos ahora con generosidad a sus nuevos amigos, una bota de vino apareció por arte de magia, acompañando a tan succulento embutido.

A partir de aquel momento las relaciones y la afinidades se fueron definiendo, Juan declaró a Alicia lo sólo que se sentía en una ciudad tan grande como París, ella le

confesó la necesidad que tenía de sentir el calor de un abrazo en la noche... y así, fue que en un ver y no visto, ambos pasaron la noche entre abrazos y besos en los últimos asientos del autocar.

Sebastián y Pepito, continuaron aquello que habían comenzado, cuando abandonaron el pueblo del que se habían fugado, huyendo de la incomprensión y la perversa represión que sufrían, debido a la condición que la naturaleza les había concedido, o sea que continuaron amándose intensamente juntos y acurrucados en sus asientos, sin molestar a nadie.

A Honorato por su parte, le fue mostrado un Universo de color, vida y libertad, gracias a la predisposición de Ariana a, siguiendo la corriente del nuevo catecismo contracultural, libertario y pacifista -proclamado por aquella revolución que era conocida como movimiento "hippie"-, ofrecerle a él, la posibilidad de practicar el amor libre con ella, al tiempo que escuchaban juntos la música de "Acuario", perteneciente al musical Hair, que según Ariana estaba teniendo mucho éxito entre la comunidad de jóvenes en Estados Unidos, y ahora también en Europa.

Así las cosas, envuelto el sonido del motor del autocar con los gemidos y suspiros de placer de las parejas reunidas allí por el inefable destino, Antonio comentaba al conductor del tramo francés:

-Vicent, que cosa tan extraña es el amor. Ya lo ves, hace unas horas ni siquiera se conocían, y ahora ahí los tienes, comiéndose a besos, y disfrutando los unos de los otros, y nosotros, que suerte la nuestra, aquí al pie del cañón trabajando. Como esto

llegue a oídos de quien yo me sé, pronto tenemos instalado aquí en el autocar el locutorio de Elena Francis.

Al amanecer, y al despertar los pasajeros, lo primero que pudieron contemplar fueron las aguas del Sena deslizarse bajo el puente de Alejandro III, divisando a lo lejos y entre brumas la sutil y elegante silueta de la Torre Eiffel. Y entonces comprendieron que el viaje había concluido y que habían llegado a París.

II-La máquina de la juventud-



-Gutiérrez, que dicen que en Barcelona pueden devolver la juventud a los viejos.

El que así hablaba era el tío Pepe, hombre ya de unos ochenta y tanto años, que al solaz de la mañana conversaba con su paisano.

-¿Y quién lo dice?

Respondió el anciano que rondaba la misma edad y que junto a al tío Pepe ocupaban el banco central en el parque “Uno de Mayo”

- El de la Engracia, que dice que a estao allí en la ciudad condal a curarse de lo ojos.

Aclaró el anciano, continuando la charla matinal

- Pues oye, que si es cierto podíamos ir pa ya a ver si nos quitan unos cuantos años de encima.

-Bueno, eso ya lo había pensao yo, pero hay una pega.

- ¿Y qué pega es esa?

-Pues una muy gorda..., que no sé yo..., si merecerá la pena correr el riesgo.

- ¡Pero cojones! ¡Quieres decirme de una puñetera vez cual es la pega! – Estalló Gutiérrez, ansioso por conocer la fórmula de la eterna juventud, que su migo Pepe prometía.

-Vale, vale, tranquilo no te sulfures, no vaya a ser que te suba la tensión y tengamos un disgusto.

-Hombre Pepe, que esto no nos lo ofrecen todos los días, te imaginas volver a tener veinte añitos, y con toda la experiencia acumulada, y con las niñas tan guapas que se pasean por aquí todos los días enseñando las piernas hasta el ombligo...

-Ya, ya Gutiérrez, si ya verás tú, al final te va subir la tensión.

-Sí, lo que me va a subir es otra cosa, de pensar en lo bien que me lo voy pasar con esas mozicas cuando recupere la juventud.

-No, si yo también he pensao en las cosas que haría si pudiese volver a ser joven - Reflexiona el tío Pepe hablando como para sí mismo, y enumerando todo aquello que deseó ser, y no pudo alcanzar-. Me gustaría aprender y tener más cultura, estudiar idiomas, vivir un amor apasionado y verdadero, pilotar un avión y viajar para conocer lugares lejanos... Pero no corramos tanto Gutiérrez, que todavía no te he dicho cual es la pega.

-¡Ni pegas ni na, dime donde tengo que apuntarme que me voy pa ya, pa Barcelona pitando. Pero lo que yo tengo ganas de estudiar y conocer... son los misterios y paraísos que esas chiquillas guardan bajo sus faldas corticas con que visten esos cuerpecicos salaos! -Estalló el anciano, totalmente convencido de aquello que su amigo Pepe le había contado.

-Escucha Gutiérrez, no te entusiasmes tan pronto, que la cosa tie miga. Pa empezar ties que apuntarte en una lista, donde otros como tú y como yo, quieren también volver a disfrutar de la alegría, la vitalidad y la ilusión que proporciona tener veinte años. Luego seleccionan a los que consideran reúnen las condiciones y la actitud necesaria pa realizar el experimento. Y ahí seguro que tú encajabas con esa pasión y obsesión tuya por las muchachas.

-¡Para! ¡Para un momento! -Le interrumpió bruscamente Gutiérrez al tío Pepe- ¿Qué es eso del “experimento”?

-Hombre claro, el experimento pa hacernos jóvenes.

-¿Pero qué quieres decir con el “experimento”? -Insistió Gutiérrez en tono de inquietud y mal disimulado canguelo-. Mira que eso suena como si fuese lo de la película del Frankeinsten.

-Pues, por ahí, por ahí va la cosa.

-¡Cojones! ¡Pues haber empezao por ahí!, ¡Qué me parece a mí, que aquí hay gato encerrao! – Espetó Gutiérrez al tío Pepe, receloso y desconfiado.

-Mira Gutiérrez, yo por lo que sé, de tos los seleccionaos, van cogiendo de tres en tres, y entonces a los tres escogios los hacen pasar por la puerta de la máquina que los ha de volver a ser jóvenes...

-¡¡PEPE!! ¡¡GUTIERREZ!! ¡VENGA! ¡VAMOS!

Una voz potente e imperativa sesgo abruptamente los sueños e ilusiones de los dos ancianos.

-¡Vaya! Ya está aquí esta bruja aguafiestas de la cuidadora - Protestó por lo bajo el anciano al que llaman Gutiérrez.

-¡VAMOS! ¡VAMOS! ¡Ya está bien de cháchara! ¡A comer! ¡Que siempre sois los últimos en entrar al comedor! - atronó de nuevo la voz acuciante y autoritaria.

El tío Pepe y su compañero de sueños e ilusiones, obedecen y levantándose penosamente del banco se dirigen hacia “La virgen de las palmeras, residencia de ancianos e instituto geriátrico”, ayudándose ambos en sus respectivos bastones,

-Pero Pepe, no me has dicho cual era el final del experimento- insiste Gutiérrez, no resistiéndose a que el sueño haya concluido.

-Pues cual va a ser -responde lacónicamente el tío Pepe-, que de los tres que entran por la puerta de entrada a la máquina, tan sólo uno sale por la puerta de salida, Gutiérrez, yo ya te dije desde el principio que había una “pega”.

Gutiérrez se detiene, medita unos instantes y por fin se pronuncia con contundencia y determinación.

-¡Pues que cojones! Que pa la vida que llevamos ahora, aquí encerraos comiendo caldo un día sí, y al otro también, acostándonos a dormir a las siete de la tarde después que nos den la ración de medicinas y nos pongan el pañal, sin poder fumarnos un cigarro, sin poder bebernos una buena copa de coñac...ni poder arrimar el cuerpo y dar un restregónico a una muchacha, ni poder poner la mano y acariciar a una mujer en los sitios que tú ya sabes, y que a ellas tanto les gusta, pues bien merece correr el riesgo de ir en busca de ese máquina. En cuanto puea me escapo de este sitio, al que no sé porqué, ahora llaman “Residencia”, en un alarde de hipócrita eufemismo, como si éste fuese

un lugar de vacaciones, y me voy pa Barcelona en busca de esa máquina que da la juventud y que nos vuelve chavales -Y exclama Gutiérrez, dando un sonoro suspiro antes de entrar al comedor de “La Virgen de las palmeras”-. ¡Se van a enterar de lo que vale un peine, esas mójicas de faldicas cortas!

Aquella noche, cuando en la “Residencia de ancianos e Instituto geriátrico La Virgen de las Palmeras”, reinaba el silencio y sus residentes dormían profundamente, unas siluetas apoyándose la una en la otra se descolgaron con dificultad por uno de los ventanales de la primera planta del edificio. Eran el tío Pepe y Gutiérrez, éste último había convencido a su compañero de habitación el tío Pepe, de que si en el grupo de los tres elegidos que podían entrar en la máquina, dos eran ellos, pues uno de ellos, bien el tío Pepe, o bien Gutiérrez, tendría más posibilidades de ser el afortunado. Así, iniciaron su particular búsqueda del Santo Grial y la fórmula de la eterna juventud, incitados y guiados por la quimérica ilusión de poder llegar hasta el umbral de las esperanzas y las oportunidades perdidas, traspasando el cual, podrían tener acceso a la puerta de entrada a la deseada Máquina de la juventud.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

